

RECUERDOS DE UNA INFANCIA FELIZ

Por María Bonetto

El pueblo donde transcurrió mi infancia era importante, pero no dejaba de ser pueblo (década del cuarenta, siglo XX). No existían grandes diferencias socioeconómicas entre sus habitantes: nadie era muy pobre y ninguno demasiado rico.

Nuestros mayores eran artesanos, comerciantes y los profesionales indispensables para el desarrollo del hombre común de esa época. Era otro espacio y otro tiempo.

Tal vez por todas estas circunstancias nunca escuché, al llegar el verano, la pregunta ¿dónde te vas de vacaciones? La gente del pueblo no acostumbraba salir de vacaciones ni se las sentía una necesidad. A lo sumo, los que podían, iban a visitar a familiares de alguna provincia cercana.

Sin embargo, con mi prima Elsa, de mi misma edad, hacíamos nuestros planes. Procurábamos que nuestras tías, hermanas o cuñadas de nuestras madres nos invitaran a sus casas, donde siempre éramos bienvenidas. No importaba si en la casa anfitriona vivían niños de nuestra edad, no resultaba un obstáculo. La mayoría de esas tías vivían en zonas rurales y el campo nos ofrecía una aventura o una tarea cada día de una corta semana.

«¿No se aburrían?», nos preguntaron alguna vez. Todo lo contrario, para nosotras era todo fascinante. Un día la tarea podía ser recoger higos (había muchas higueras en la zona), que la abuela hacía caer con un bastón sacudiendo las ramas. Los higos que sobraban eran luego secados al sol y guardados con semillas de anís por alguna mano habilidosa y convertidos en un manjar.

Otra actividad era recorrer las hijuelas de las fincas aledañas en búsqueda de espárragos silvestres. Los que alguna vez lo hicieron recordarán la emoción que produce encontrarlos y la alegría de llegar a la casa exhibiendo, Elsa y yo,

un respetable atado de espárragos que mostrábamos como una medalla conquistada tras una hazaña deportiva.

En casa de la tía Francisca existía un lago pequeño, en un predio cercano dedicado a las aves de corral. En sus aguas, bastante oscuras, nadaban los patos, unos gansos insoportablemente ruidosos y hasta un cisne arrogante que se sentía el rey. Alrededor, las gallinas picoteaban y observaban.

Hasta quitar pequeñas malezas del jardín era divertido. ¿«Trabajo infantil»? No. Era el placer de jugar con tierra.

La tía Antonia, que tenía dos hijos varones bastante mayores que nosotras, se alegraba de acoger a sus sobrinas mujeres. Podíamos ser dos o cuatro, le daba la misma alegría.

Había también unos admirables pavos reales que, subidos al techo de un galpón, desplegaban sus majestuosas colas como si quisieran impresionarnos. Eran un espectáculo admirable.

Una noche, Antonia, casi al final de nuestros días campestres, nos anunció: «Mañana temprano, Victoria pasará a buscarlas para llevarlas de paseo. Victoria era la novia del hijo menor. Una señorita, no tan joven, que seguía esperando que su prometido decidiera casarse. A la mañana siguiente, nerviosas, Elsa y yo esperamos su arribo. Llegó en un sulky, vehículo al cual nunca habíamos subido. El asiento de un sulky, medio de transporte muy usado en zonas rurales por esos años, es en general estrecho: caben a lo sumo dos pasajeros.

Con la ansiedad de tal inusitado paseo, subimos y nos ubicamos Victoria, al medio, y nosotras a sus costados. En ese momento comenzó para mí un viaje inolvidable. Mis ojos estarían a unos dos metros sobre el nivel de la calle. Desde allí, todo el paisaje me resultó distinto. La geometría de las viñas era perfecta. Los variados verdes de los vegetales de las chacras eran otros verdes. Los árboles, cuyas ramas rozábamos al pasar, nunca habían sido tan hermosos para mí.

Nos dirigíamos hacia el oeste, a almorzar en la casa de un familiar. El sol a nuestra espalda nos permitía mirar al frente sin problemas. Sentadas al aire

libre avanzábamos lentamente, con el paso tranquilo del caballo, Victoria firme con las riendas. Sentíamos que viajábamos tan alto, que podíamos tocar alguna nube.

No recuerdo cómo transcurrió aquella visita. Solo deseaba volver al punto de partida para experimentar de nuevo ese extraño viaje.

Rumbo al este, retornamos, con el sol en la espalda, en un apacible atardecer con un aire suave que acariciaba el rostro y el alma. Con el tiempo entendí lo maravillosa que había sido la sensación de libertad que da andar por la vida sin techo ni paredes que la acoten, guiada (era una niña) por una mujer fuerte y un caballo manso.

Esas vacaciones familiares habrán durado dos o tres veranos, y después... después crecimos.

Octubre de 2021.

Semblanza de un soñador

Raúl, a los pocos meses de nacer, ya se manifestaba como un niño inquieto e intrépido.

A los cinco meses superaba los barrotes de su cuna –no muy altos, por cierto–, se dejaba caer a una cama adosada y volvía a la cuna fácilmente.

A los nueve meses gateaba con bastante velocidad y a los once corría por su casa y, literalmente, no paró más.

A los cinco o seis años se convirtió en un servidor público vecinal. Si algún vecino tenía problemas con las llaves de su casa y no podía entrar, lo convocaba para que le abriera desde adentro: trepaba hasta el techo colindante y accesible, y desde allí, con ingenio y habilidad innata, solucionaba el problema del vecino necesitado y, luego, siempre agradecido.

Cuando cumplió los catorce años, con algunos compañeros de su colegio descubrió los cerros cercanos. Comenzó primero a codiciarlos. Luego, la conocerlos. A partir de ese momento, el rumbo de su vida estaba decidido.

Con rápido y seductor discurso, conquistaba a algún familiar suyo o de sus amigos para que lo transportara al punto de partida de la caminata programada.

Empezó a disfrutar de las noches de campamento mirando las estrellas, y de escaladas no muy atrevidas en ese entonces.

Estudió, fue ampliando el grupo de compañeros que compartían sus aventuras y conociendo cada vez mejor la geografía que admiraba. A esas aventuras las convirtió en su profesión, en su sustento y en su pasión.

Buscó, y sigue buscando. Recorrió, y sigue recorriendo, cada rincón del paisaje montañoso de su entorno.

Conoce cada arroyo, cada sendero u hondonada, por más escondidos que estén. No le es ajena ninguna cascada o vertiente, por minúscula que sea.

Se convirtió en amante de su actividad y contagió su amor por la montaña.

Más de una vez, una manada de guanacos fue testigo de su caravana de caminantes. El jefe de la manada, esbelto y tranquilo por naturaleza y alerta, era capaz de adivinar si se trataba de amigos o enemigos.

No siempre la naturaleza o el clima se comportaron amablemente con los expedicionarios. Sufrieron vientos, lluvias, neviscas, pero Raúl no se amedrentaba. Si al regreso le preguntaban por esos acontecimientos, respondía: «Fue maravilloso». Luego se reunía con los más íntimos integrantes de esa cofradía de las piedras y las cortaderas, analizaban lo ocurrido y planificaban la reacción ante un evento similar futuro. Siempre planificaba.

Su piel tiene el olor de la jarilla y el color del sol de la montaña.

Nunca aspiró a las cumbres más altas. Permaneció en la zona donde el disfrute es más importante que la ambición o el riesgo. Yo entendí que él había decidido mirar siempre hacia arriba. En una cumbre el ser humano, necesariamente debe mirar hacia abajo, para reconocer su hazaña.

Y así sigue su vida de hombre feliz: acumulando kilómetros de los paisajes que ama, enriqueciéndose de amigos, compañeros de aventura, y rompiendo zapatillas.

Octubre de 2021.